

Revista CIDOB d'afers internacionals, n.º 95, (septiembre 2011), p. 101-112

ISSN 1133-6595 - E-ISSN 2013-035X

Complejidad, erótica y conflicto en el espacio público urbano

Complexity, erotica and conflict in the urban public space

Enrique Díaz Álvarez

Doctor en Filosofía
endial@yahoo.com

RESUMEN

Este artículo pone en evidencia la importancia del espacio público urbano como escenario de la interacción y comunicación intercultural por antonomasia. Bajo el contexto de la globalización, y desde una perspectiva ético-política, se propone reconsiderar la *complejidad*, el *erotismo* y el *conflicto* que caracterizan la convivencia en la ciudad, como elementos que pueden encaminar el diálogo, la co-implicación y la construcción de afinidades entre sujetos que disfrutan y reivindican el hecho de ser diversos.

Palabras clave: Espacio público, cultura urbana, complejidad, diálogo intercultural, ciudad

ABSTRACT

This article highlights the importance of the urban public space, as the quintessential scenario of intercultural interaction and communication. From a context of globalisation, and from an ethical-political perspective, the author urges a reconsideration of the *complexity*, *eroticism* and *conflicts* that are characterised by coexistence in the city, as elements that are capable of directing dialogue, co-implication and construction of affinities between individuals who enjoy and champion the fact of being different.

Key words: Public space, urban culture, complexity, intercultural dialogue, city

El presente artículo forma parte de una estancia posdoctoral en el Centro de Estudios Políticos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, bajo el marco del Programa de Becas Posdoctorales de la UNAM 2010.

LA CIUDAD: ERÓTICA DE LO COMPLEJO

La relación entre sujetos de distintas culturas es una experiencia intrínsecamente moderna. A lo largo de la historia, las constantes migraciones humanas no sólo han evidenciado la porosidad de las fronteras, sino que han favorecido la mezcla entre grupos con prácticas e imaginarios culturales diferentes. Desde el final de la Guerra Fría, dicha interacción se ha intensificado sensiblemente debido a un avance de las tecnologías de información sin precedentes. La revolución de la información, aunada con la consolidación de la fase transnacional del capitalismo financiero, ha provocado una condición inédita de *copresencia* y *simultaneidad* entre seres humanos diversos. Entendida así, la globalización ha sido secundada por una compleja aproximación de experiencias e itinerarios distintos que ha trastocado nuestra vida cotidiana. Michel Foucault lo expresa contundentemente:

“Estamos en la época de lo simultáneo, en la época de la yuxtaposición, en la época de lo próximo y lo lejano, de lo contiguo, de lo disperso. Estamos en un momento en que el mundo se experimenta, creo, menos como una gran vía que se despliega a través de los tiempos que como una red que enlaza puntos y que entrecruza su madeja” (Foucault, 1999: 431).

El desafío de esta compleja amalgama contemporánea –no es fortuito que el término *complejidad* provenga del latín *complexere*, cuya raíz *plexere* significa trenzar, enlazar– tiene dos frentes. A nivel *exógeno*, las sociedades nacionales se han ido familiarizando con una *interconexión* global que les ha permitido conocer y contrastar su forma de vida respecto al de personas de culturas ajenas. Como menciona Ulrich Beck (2005: 19), la realidad interconectada que caracteriza el siglo XXI no debe confundirse o reducirse al globalismo económico de mercado que defiende el neoliberalismo, sino concebirse como un complejo proceso multidimensional, forzoso e involuntario que ha hecho que millones de personas vivan de facto en una relación de interdependencia real que incide en sus vidas cotidianas. Esta *condición cosmopolita* –o cosmopolitización como prefiere denominarla Beck– es un hecho históricamente irreversible que se está evidenciado tanto en el reconocimiento universal de los derechos humanos, como en la consolidación de empresas transnacionales, los movimientos alterglobalización y el terrorismo global. En el caso europeo, sólo hay que pensar en la instrumentación del euro como moneda única o la institucionalización de organismos supranacionales de seguridad, justicia y protección del medio ambiente.

Por otra parte, a nivel *endógeno*, la magnitud del fenómeno migratorio –del campo a la ciudad y de países pobres a desarrollados– ha acelerado y consolidado un proceso

de *urbanización* a escala global. Desde mayo de 2007, por primera vez en la historia de la humanidad, más de la mitad de la población mundial vive en centros urbanos¹. La cohabitación en grandes ciudades —y sus extensiones periféricas— ha provocado que sujetos con las más diversas identidades colectivas (nacionales, étnicas, religiosas, de género, etc.) confluyan y se relacionen cotidianamente en los espacios públicos urbanos. En Europa, ciudades multiculturales como Bruselas, Berlín o Barcelona —en donde casi el 14% de la población son inmigrantes provenientes de más de 110 países²—, encarnan de forma paradigmática la emergente relación de interdependencia que se da, en múltiples tiempos y espacios, entre extraños. En este sentido, como menciona Iris Marion Young, la urbanidad representa el horizonte de la condición y convivencia moderna:

“La teoría política contemporánea debe aceptar la urbanidad como un hecho material para quienes viven en sociedades industriales avanzadas. Las relaciones urbanas definen las vidas no sólo de quienes viven en las grandes metrópolis, sino también de quienes viven en poblaciones suburbanas y en ciudades medianas. Nuestra vida social está estructurada por vastas redes de mediación temporal y espacial entre las personas, de manera que casi todo el mundo depende de las actividades de personas extrañas a las que se puede haber visto o no...; la mayoría de la gente con frecuencia y de manera casual encuentra extraños durante sus actividades cotidianas” (Young, 2000: 396-397).

En las primeras líneas de la *Política*, Aristóteles ya señalaba que una ciudad está compuesta, necesariamente, *por diferentes clases de hombres* ya que personas similares no pueden crear una ciudad. Desde entonces, la idea de ciudad ha implicado pluralidad y flujo constante, por lo que a diferencia de las comunidades tradicionales o rurales, en que las relaciones son estrechas y predominan los encuentros cara a cara, las ciudades se distinguen por ser el establecimiento humano donde es más probable o cotidiano el encuentro entre seres social y culturalmente distintos. En este sentido, no es fortuito que teóricos como Simmel, Sennett, o más recientemente Hannerz o Bauman, hayan

1. El informe sobre el estado de las ciudades del mundo 2008/2009 del Programa de Naciones Unidas para los Asentamientos Humanos (ONU-HABITAT) confirmó unos datos largamente vaticinados; por primera vez en la historia de la humanidad, más de la mitad de la población vive en ciudades, y los que no lo hacen, están influenciados o dependen indirectamente de ellas. La progresión del proceso de urbanización es imparable por lo que, dentro de tan sólo dos décadas, se calcula que cerca del 70% de la población mundial habitará en zonas urbanas.

2. Véase el informe territorial de la provincia de Barcelona 2009. [En línea], [consulta: 15 de octubre de 2009]. http://www.cambrabcn.org/c/document_library/get_file?folderId=14202&name=DLFE-55846.pdf

definido la ciudad como el lugar donde los *extraños* conviven permanentemente, esto es, como un hábitat que se caracteriza por su aire de libertad, diversidad e incertidumbre. Por otro lado, si bien es cierto que a lo largo de la historia las ciudades siempre se han caracterizado por su dimensión, densidad y heterogeneidad, la magnitud e intensificación de las migraciones de personas de diversas culturas –tanto en el interior como en el exterior de las fronteras nacionales– ha hecho de las ciudades modernas el *hábitat de la interculturalidad* por antonomasia. Ningún otro espacio, más o menos compartido y limitado, experimenta con la misma intensidad la compleja interacción, mezcla y contradicción entre desconocidos con identidades, relatos e imaginarios culturales diferentes (Hannerz, 1986: 273; Bauman, 2006: 327).

La exposición y manifestación de múltiples sistemas de valores, actitudes y comportamientos que caracterizan la vida urbana se traducen en toda una cultura en la que miles de individuos terminan familiarizándose con la experiencia de convivir con personas que tienen modos de ser y comportarse diferentes. Esto explica que, además de la contaminación, la aglomeración o la indiferencia, por citar algunos de los prejuicios antimetropolitanos por excelencia, la vida urbana también se termine identificando y distinguiendo en el imaginario colectivo con la apertura o curiosidad hacia lo *otro*. En este sentido, habría que considerar que parte de ese nerviosismo urbano, así como la indolencia o indiferencia –por usar algunos términos clásicos que Simmel desarrolló al respecto– también encierran una cierta (pre) disposición para interpretar e interactuar con otras formas de ser, que merece ser analizada desde una renovada perspectiva ético-política³.

Los habitantes de la ciudad están familiarizados con una profunda sensación de atracción hacia lo no propio. Una pulsión que se traduce en una identificación y exaltación de lo híbrido, de lo mestizo, de lo impuro. Desde este punto de vista, la complejidad urbana –encarnada en una mezcla de incertidumbre y heterogeneidad– también conlleva y ha generado, desde siempre, una *erótica*. La exposición y yuxtaposición de múltiples sistemas de valores, actitudes y comportamientos que caracterizan la vida urbana, se traducen en toda una cultura en la que miles de individuos terminan familiarizándose con la experiencia de *con-vivir* con personas y modos de ser desconocidos. Las ciudades son –y siempre lo han sido– espacios que suscitan una fuerte atracción o pulsión hacia lo distinto; una *erótica* que es importante que sea considerada seriamente

3. Es representativo que la ciudad, al ser un espacio donde convive una gran variedad de expresiones, relatos y estilos de vida, sea un escenario que propicia adoptar una cierta distancia o familiaridad con lo extraño que, en la práctica, se traduce en una tolerancia a relacionarse y respetar otros *modos de ser* sin caer en la pretensión de suprimir o reprocharles su diferente forma de comportarse. Véase Simmel, 2001: 375-398; Innerarity, 2006: 102-103; Delgado, 2007: Cap. VI.

desde un punto de vista intercultural o dialógico, en la medida que ha demostrado empíricamente que es posible construir una relación de afinidad y coimplicación entre seres que disfrutan y reivindican el hecho de ser distintos.

La curiosidad y fuerte atracción urbana por lo extraño o distinto, que aquí definimos como *erótica*, conlleva una dimensión social y política que se traduce en una serie de hábitos y disposiciones relevantes para la interacción social entre diversos; una identidad y simpatía desde la impureza y la pluralidad radical que merece ser pensada en pro de una comprensión y diálogo intercultural. En este sentido, no nos parece banal ni fortuito que millones de personas en todo el planeta sigan optando por entenderse como parte del nido de metamorfosis y contradicciones que representan sus ciudades, y prefieran definirse o explicarse como londinenses, marseleses o paulistas.

El impacto y aceleración del proceso de urbanización explica en buena medida el renovado interés que ha despertado, desde hace algunas décadas y por parte de diversos teóricos, el estudio de la ciudad y lo urbano. Este análisis multi e interdisciplinario –en el que han intervenido filósofos, antropólogos, urbanistas o sociólogos– debe dar un paso más y poner en evidencia la necesidad de abandonar o desechar discursos monoculturales, centrados en enaltecer un pasado que siempre fue “mejor” o “más habitable”, para encontrar y cultivar *referencias y emociones comunes* entre los millones de extraños que diariamente con-viven en ciudades cada vez más complejas y cosmopolitas. Maalouf expresa con claridad el reto de este nuevo laberinto:

“Más que adornar el pasado e idealizarlo, habría que desterrar los reflejos que adquirimos ayer y que resultan desastrosos en el contexto de hoy; sí, hay que librarse de prejuicios, de los atavismos, de los arcaísmos, para entrar sin trabas en una fase muy diferente de la aventura humana. Una fase en la que hay que volver a inventarlo todo: las solidaridades, las legitimidades, las identidades, los valores, los puntos de referencia” (Maalouf, 2010: 226).

En la ciudad, a diferencia de otros espacios más homogéneos, los humanos aprenden a interrelacionarse e insertarse en un complejo entramado de representaciones, relatos y prácticas simbólicas heterogéneas. Si la cultura y erótica urbana son un referente para la consolidación de esas referencias comunes –elementales para establecer dinámicas interculturales–, es porque permite entender que la diversidad cultural no es antagónica al descubrimiento y construcción de afinidades. Desde este punto de vista, la mentalidad y los hábitos típicamente urbanos permiten pensar en arraigar una (pre)disposición a traducir, interactuar y familiarizarse con otras formas de ser. La vida en la ciudad demuestra que por más incardinados culturalmente que estén los sujetos, estos pueden comunicarse y coimplicarse en espacios públicos que los vinculan íntimamente.

EL HORIZONTE URBANO COMO REFERENCIA

El hecho de que un significativo número de europeos recelen del contacto con minorías étnicas o religiosas, y sucumban ante los cada vez más frecuentes discursos racistas o xenófobos sin haber establecido una relación directa con personas de otras culturas o naciones, demuestra que buena parte del prejuicio y discriminación racial es aprendida y transmitida por grupos de poder y medios de comunicación, los cuales defienden una cultura hegemónica supuestamente homogénea. Desde una perspectiva intercultural, una forma efectiva de poner en evidencia y abatir dichos alegatos e invocaciones amenazantes del tipo “oleadas de inmigrantes” es desarrollar entre los sujetos concretos el hábito del diálogo y la interpretación, con el fin de (pre)disponerlos a entrar en contacto real con ese *otro* con el que se comparte edificio, acera, tienda o escuela. Cultivar hábitos deliberativos y hermenéuticos, en un entramado urbano accesible, es primordial no sólo para que los sujetos expresen sus intereses y experiencias en condiciones simétricas, sino porque al hacerlo se confronta la intolerancia y los estereotipos heredados. De ahí que no sea extraño que la dimensión física o corpórea del diálogo –como encuentro– cambie de forma significativa la conducta y las prácticas de las personas implicadas en él (Young, 2000: 151-156).

Desde una perspectiva dialógica se debe evitar quedarse en esa “relación” o “diálogo entre culturas”, para reivindicar y practicar una deliberación y comprensión *entre personas*. De ahí que sea fundamental garantizar a los conciudadanos la libertad de expresión, la igualdad de acceso al espacio público, así como arraigar horizontalmente la participación activa en la toma de decisiones. En esta línea, Iris Young propone construir un ideal normativo de vida en la ciudad que sirva como alternativa, tanto al segregacionismo que gira en torno al ideal de comunidad, como al individualismo liberal asocial. En contraste con las apelaciones comunitarias que desacreditan y muestran la ciudad moderna como la expresión de todos los disvalores que la restauración de la comunidad supuestamente eliminaría –inmoralidad, desorden, peligro, enfermedad, crimen, etc.–, Young entiende que la ciudad ofrece ejemplos y experiencias reales de relaciones sociales en el que personas extrañas conviven y encuentran afinidades sin sacrificar su pluralidad. Para Young, en los espacios públicos urbanos las personas y los grupos interactúan dentro de una multiplicidad de instituciones respecto a las cuales terminan sintiendo apego o identificándose; sin embargo, su interés radica en que, más allá de tener esos enclaves familiares o gremiales, los habitantes de las ciudades se caracterizan por aventurarse a encontrarse con personas extrañas en cuestiones relacionadas con la política, el comercio o el ocio, sin que ello implique que dichas interacciones los disuelvan en una unidad homogénea:

“Quienes habitan en una ciudad están así juntas, ligadas unas a otras en lo que debería ser y a veces es un único estado. Estar juntas implica tener algunos problemas e intereses comunes, pero esto no crea una comunidad de objetivos últimos compartidos, de mutua identificación y reciprocidad (...) Un ideal normativo de la vida en la ciudad debe partir de la experiencia que tenemos en las ciudades, y buscar ahí las virtudes de esta forma de relaciones sociales” (Young, 2000: 398).

Young define la *vida en la ciudad* como una amplia red económica de producción, distribución, transporte, intercambio, comunicación, provisión de servicios y entretenimiento que hace que quienes habitan en ella sean conscientes de que dependen de la mediación de una infinidad de personas extrañas para realizar sus fines individuales. Como parte de su propuesta teórica, esta autora parte del hecho de que la vida urbana moderna no sólo es necesaria –pensar en dismantelar las ciudades es algo utópico– sino deseable y ejemplar. Para ello extrapola de la vida y experiencia urbana cuatro virtudes que considera vitales para la consolidación de una perspectiva pluralista y cívica (ibídem: 398-403). En primer lugar, recupera de la vida urbana su *diferenciación sin exclusión*; aunque la sociedad urbana no está exenta de conflictos violentos entre miembros de diferentes identidades colectivas, la mayoría de las personas tienden a reconocer como un hecho las diferencias de grupo y las conciben como algo con lo que tienen que convivir. Esta apertura o disposición permite la formación de nuevas afinidades e hibridaciones entre grupos y subgrupos que se superponen y se entremezclan sin llegar a ser homogéneos. En este sentido, la experiencia en la ciudad –incluso en barrios en los que predomine una identidad cultural, étnica, de género o religiosa– nos ofrece indicios o muestras de cómo los límites y fronteras entre las identidades, grupos y culturas son difusos, abiertos y arbitrarios.

En segundo lugar, Young defiende la *variedad y multifuncionalidad* de los distintos espacios que conforman el tejido urbano. Para esta autora, lo que impulsa a la gente a participar en público es la diversidad de actividades y alternativas que ofrecen las calles, parques y barrios. La dinámica de los espacios urbanos no sólo atrae o entusiasma a sus habitantes, y facilita el encuentro y la conversación, sino que además crea un sentimiento de vecindad, seguridad y compromiso entre los residentes. De esta forma, entiende que se debe promover que en una misma zona se combinen actividades relacionadas con el comercio, la producción, el ocio, la educación o la deliberación pública, cuidando que en su uso y apropiación sean involucrados grupos sociales múltiples y plurales. En tercer término, Young apunta una virtud de la que ya hemos hecho referencia aquí: el *erotismo urbano*. Para esta teórica, la vida en la ciudad muestra una predisposición o atracción hacia personas distintas, así como por el hecho de poder salir de la propia rutina y entremezclarse en lugares desconocidos para encontrar lo nuevo, extraño o sorprendente.

Como ya se ha mencionado, la diferencia y pluralidad urbana, entendida como erótica, permite disfrutar e interesarnos abiertamente por personas que experimentamos como diferentes. Un hecho que permite cuestionar y enriquecer constantemente nuestra propia identidad a través de esa diversidad, hibridación y contraste.

Por último, Young resalta la *publicidad*, entendida como la necesidad de recuperar, mantener y construir foros y espacios públicos accesibles a toda una diversidad de grupos sociales con el fin de dar voz, escuchar y reconocer las necesidades e intereses de todos los colectivos –especialmente de los minoritarios y oprimidos–, así como de propiciar que los diversos miembros se esfuercen por interpretar significados, expresiones y temas con los que probablemente no puedan entender o identificarse por completo. Desde una perspectiva dialógica, no sólo es sugerente retomar el análisis urbano de Young, sino que resulta particularmente oportuno: en sociedades densamente multiculturales como las europeas hay que repensar y reconsiderar las virtudes y disposiciones que caracterizan la vida urbana en pro de articular un diálogo intercultural. Entender la ciudad como un *hábitat intercultural* significa enfatizar la importancia que tiene el espacio urbano como un escenario privilegiado de interacción pública, es decir, como el lugar donde cohabitan y se cruzan, con mayor frecuencia e intensidad, los itinerarios y relatos de vida de personas anónimas y extrañas *culturalmente* entre sí.

Si la filosofía moral y política tienen un interés o preocupación concreta en reflexionar en torno a la relación entre el *homo urbanus* y el espacio público es porque la enorme concentración de capital y personas de diferentes credos, etnias, naciones, etc., en urbes cada vez más grandes y cosmopolitas, no ha venido acompañada por una ética y cultura para con el contacto intercultural. En este sentido, una parte constitutiva de la perspectiva dialógica debe radicar justamente en denunciar cómo el miedo y el prejuicio ante el *otro* –incrementados por la reciente crisis económica y la desinformación e ignorancia que han acompañado a las intensas migraciones humanas– han provocado un sensible y contraproducente declive de la vida pública en el interior de las ciudades occidentales.

HACIA UNA RECONSIDERACIÓN ÉTICO-POLÍTICA DEL CONFLICTO URBANO

Al contrario de lo que el hábitat intercultural necesitaría, los extraños tienen cada vez menos oportunidades para encontrarse, dialogar e interactuar con sujetos distintos. De esta forma, la incertidumbre ante los desconocidos o anónimos, característica de toda vida urbana, se ha visto acompañada por el temor y estigma a los *otros*,

es decir, a determinados extraños o forasteros que, como menciona Bauman (2006: 27), personifican lo raro, lo inquietante o lo impenetrable de algunas costumbres extrañas. Prueba de ello es el clima de amenaza y prejuicios que, producto de discursos nacionalistas extremos, xenófobos o racistas y una acentuada desigualdad económica, ha profundizado una peligrosa tendencia segregacionista. Ciudades europeas como París han visto florecer el resentimiento de sus poblaciones periféricas; verdaderos cinturones multiculturales de precariedad y olvido que, por lo general, son la residencia de segundas y terceras generaciones de inmigrantes. El reclamo de calma y seguridad, frecuentemente impulsado por noticias alarmantes y estigmatizadoras del *otro* por parte de diversos medios de comunicación, ha contribuido a que múltiples urbes alrededor del mundo hayan desarrollado suburbios intransitables y barrios exclusivos que, con un fuerte dispositivo de seguridad privada, están diseñados para asilar, repeler o filtrar a las personas que no entran en la categoría de *nosotros* (ibídem: 33). Desde este punto de vista, resulta un imperativo intercultural impedir la pulsión aislacionista de aquellas comunidades que, consciente o inconscientemente, pretenden incomunicar a sus miembros en una especie de guetos que, artificialmente homogéneos, terminan reproduciendo una racionalidad monológica y monocultural contraria a los valores pluralistas.

La idea de una vida comunitaria purificada ha sido particularmente nociva para la interacción sociocultural, ya que ha terminado ahondando el temor de buena parte de sus habitantes a encontrarse con el *otro*; hoy en día significativamente encarnado en el imaginario europeo por la figura del inmigrante pobre que proviene de países en vías de desarrollo. Resulta paradójico que cuanto más compleja y multicultural se vuelve nuestra vida en las ciudades contemporáneas, menos se desarrollan los espacios y disposiciones públicas que favorezcan el contacto y diálogo entre seres diversos que son cada vez más próximos. Al mismo tiempo que la creciente urbanización nos obliga a pensar en la proliferación de espacios públicos accesibles a todos los habitantes, se ha ido consolidando una tendencia contraria que segrega las zonas de residencia y funciones urbanas –lugares de trabajo, ocio, servicios, etc.– con el fin de evitar, lo más posible, cualquier clase de encuentro, interacción o conflicto entre sujetos de diversas identidades culturales y clases sociales. Una asepsia que está en las antípodas de la convivencia democrática pluralista que aquí se intenta fundamentar.

Ya sea por intimidación o prejuicio, la tendencia contemporánea de querer cohabitar con personas que “se nos parezcan” ha consolidado el desarrollo de un modelo urbanístico que, como menciona Richard Sennett (1975), intenta planificar la simplificación y purificación del medio ambiente social; de ahí la proliferación de guetos voluntarios, en el caso de personas con poder adquisitivo que se recluyen en espacios sobrevigilados y vetados a la mayoría, o involuntarios en el caso de esos barrios marginales en el que se albergan o confinan los grupos excluidos ya no sólo cultural, sino económica y social-

mente⁴. Esta segregación del espacio público suprime varios de los atractivos de la vida urbana *per se*, como su flexibilidad, espontaneidad o la posibilidad de enriquecernos y valorar el contacto con la diferencia cultural. En este sentido, no es banal recordar la petición de Sennett por recobrar y crear nuevas formas de complejidad y de experiencias diversas:

“No estoy abogando para que retornemos a los antiguos sistemas de la vida urbana cuando los tiempos eran más duros que ahora; más bien, trato de demostrar cómo la aparición de una nueva vida urbana en una era de abundancia y prosperidad *ha eclipsado algo de la esencia de la vida urbana: su diversidad y posibilidades de experiencias complejas*” (Sennett, 1975: 100)⁵.

Una perspectiva urbanística que favorezca o contemple el diálogo intercultural deberá concentrarse en la necesidad de revitalizar y mantener los lugares en donde las diversas identidades culturales entran en contacto. Un contacto que, como cualquier intercambio simbólico denso, no excluye la posibilidad de conflicto. Salvaguardar este carácter plural, abierto y atractivo del espacio público urbano es vital para contrarrestar el estigma étnico y cultural que prevalece en buena parte de las ciudades europeas receptoras de inmigrantes. Sin las plazas, calles, mercados y jardines públicos donde los extraños coinciden, interactúan y se mezclan de forma espontánea y cotidiana, resultará imposible cultivar aquellos hábitos cívicos que permitan, en un segundo momento, establecer una deliberación o diálogo intercultural complejo. Una perspectiva pluralista y dialógica del espacio público urbano, lejos de pretender una mera coexistencia bajo la consigna de *proteger* la particularidad o pureza de esas identidades, concibe como un aspecto fundamental el rediseño y la proliferación de lugares que faciliten ya no sólo la visibilización o coexistencia, sino la interacción y comunicación entre sujetos de distintas culturas. La idea del diálogo en nuestras ciudades multiculturales, en contraste con cualquier concepción monológica, parte tanto de la capacidad y sagacidad que tenemos como sujetos para redefinirnos y enriquecernos con las formas de vida e identidades de los otros, como de la posibilidad de encontrar temas y lugares comunes para hacerlo. En este sentido, el derecho a acceder y apropiarse de cada barrio, calle o plaza del espacio

4. De esta forma la periferia suburbana se ha transformado frecuentemente en un *lugar* culturalmente diferenciado que, como han demostrado los recurrentes conflictos en la *banlieu* francesa desde 2005 –rápidamente extendidos a otras ciudades de Bélgica, Dinamarca o Alemania–, da cobijo a generaciones de inmigrantes que se sienten desplazados, aburridos y marginados en espacios mal comunicados y con altos índices de pobreza.

5. Las cursivas son propias.

público urbano representa la mejor forma de involucrar y cultivar la participación activa de los habitantes –por muy diversos que sean culturalmente– en los asuntos públicos comunes. En una línea semejante el urbanista Oriol Bohigas apunta:

“La arquitectura y el urbanismo son instrumentos fundamentales –no los únicos pero evidentemente fundamentales– para la construcción de ese espacio colaborador y sugerente que tiene que participar en la creación de lo que debemos llamar ‘urbanidad’. Hay que preguntarse cuáles son los elementos esenciales que desde la arquitectura y el urbanismo han de apoyar esa estructura social, es decir, esa urbanidad” (Bohigas, 2004: 110).

La proliferación de suburbios y guetos ha contribuido no sólo a la diseminación de la ciudad y la esclerosis de sus barrios centrales, sino que la segmentarización y el intento por eliminar cualquier tipo de conflicto que les caracteriza se ha traducido, con el tiempo, en anomia, falta de interacción y participación en la vida pública. Para Bohigas es evidente que la urbanidad está en proceso de degradación, pero advierte que las ciudades no están desfalleciendo por exceso de conflictos, sino al contrario; se debilitan por falta de *conflictos productivos*. Entiende que la carencia de vida y cultura públicas, la monotonía visual, así como el tiempo desperdiciado en largos desplazamientos se ha traducido en una pérdida de identidad, complejidad, comunicación y representatividad, es decir, de pertenencia que pasa factura a la vida y compromiso público. Para este urbanista es ingenuo pensar que la confortabilidad urbana se consigue borrando conflictos que le son inherentes, sino que se trata de encontrar la manera de reducirlos y hacerlos más soportables en lo concreto sin que pierdan su eficacia social (Ibídem: 120-121).

La cosmopolitización de nuestras sociedades, lejos de exigir una vida en común cada vez más simple, uniforme y pasiva, nos plantea la profunda necesidad de restablecer una participación activa entre los habitantes. La idea es aprender a exponernos y discutir vivamente sobre la cosa pública. Escuchar. En este sentido, buena parte del temor al contacto con el *otro* la tienen los planificadores urbanos, en la medida en que sus modelos terminaron provocando un anhelo de vida comunitaria purificada que, al evitar el conflicto y la interacción con extraños, fueron en contra de la esencia de la forma de vida urbana. Como Richard Sennett señala:

“En lugar de planificar para algún conjunto urbano abstracto, los planificadores tendrían que disponerse a trabajar para partes concretas de la ciudad, las diferentes clases, los grupos étnicos y las razas que contienen. Y el trabajo que ellos hagan para estas personas no equivale a trazar su futuro; la gente no tiene oportunidad de madurar a menos que lo trace para sí, a menos que se involucre activamente en la conformación y hechura de sus vidas sociales” (Sennett, 175: 118).

El *hábitat intercultural* exige una reconsideración moral de las ciudades y los espacios públicos pensando en lugares que propicien, ya no el asilamiento o la segregación encubierta con la coartada del respeto y la tolerancia, sino un encuentro y comunicación real y compleja entre sujetos diversos. Sujetos que, seducidos e implicados entre ellos, estén en condiciones de madurar y evolucionar gracias a una interacción y deliberación participativa que, desde luego, no excluya el conflicto. Expropiarnos la capacidad de experimentar y sobrellevar la discrepancia –por no decir la franca oposición– reprime y paraliza la convivencia democrática.

Referencias bibliográficas

- BECK, Ulrich. *La mirada cosmopolita o la guerra es la paz*. Barcelona: Paidós, 2005.
- BAUMAN, Zygmunt. *Confianza y temor en la ciudad*. Barcelona: Arcadia, 2006.
- BOHIGAS, Oriol. *Contra la incontinencia urbana. Reconsideración moral de la arquitectura y la ciudad*. Barcelona: Electa, 2004.
- DELGADO, Manuel. *Sociedades movedizas*. Barcelona: Anagrama, 2007.
- FOUCAULT, Michel. *Estética, ética y hermenéutica*. Barcelona: Paidós, 1999.
- HANNERZ, Ulf. *Exploración de la ciudad*. Madrid: FCE, 1986.
- INNERARITY, Daniel. *El nuevo espacio público*. Madrid: Espasa, 2006.
- MAALOUF, Amin. *El desajuste del mundo*. Madrid: Alianza editorial, 2009.
- SENNETT, Richard. *El declive del hombre público*. Barcelona: Península, 1978.
- *Vida urbana e identidad personal*. Barcelona: Península, 1975.
- SIMMEL, Georg. *El individuo y la libertad*. Barcelona: Península, 2001.
- YOUNG, Iris Marion. *La justicia y la política de la diferencia*. Madrid: Cátedra, 2000.